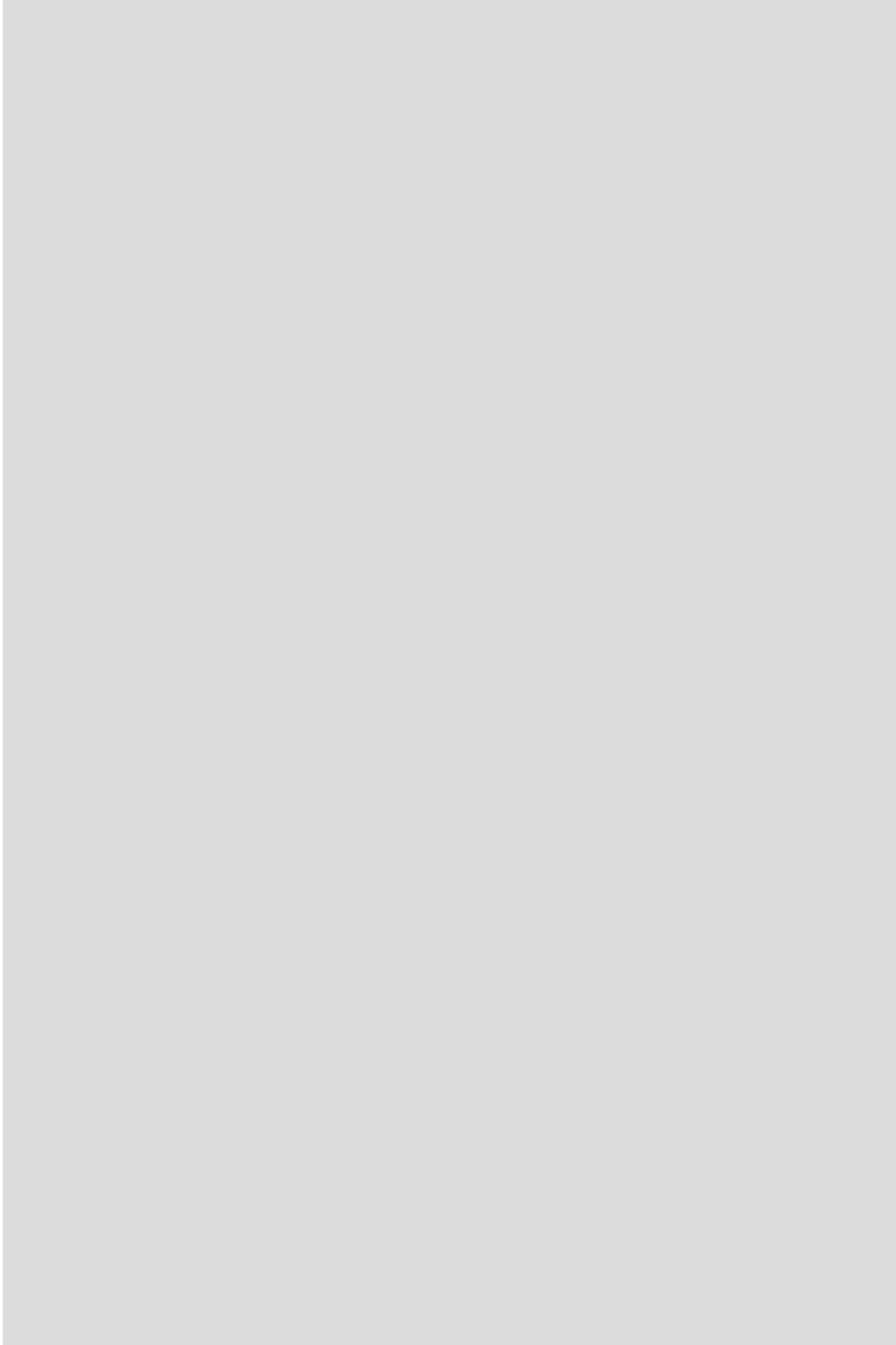


# DULCE NAVIDAD

ÓSCAR PÉREZ MARTINEZ



# Capítulo 1

## DULCE NAVIDAD

La densa niebla desdibujaba la colorida iluminación de navidad que adornaba el centro de la ciudad. Los villancicos, mezclados con el bullicio de la gente que apuraba las últimas horas de compras antes de la nochebuena, los niños ilusionados correteaban imaginando cómo iba a ser una de las noches más mágicas del año.

Juan salió cabizbajo del bar donde apuró el último whisky con dos cubitos de hielo que quedaron al fondo del vaso de tubo. No estaba de buen humor, pero no es que no le gustara la navidad, su problema era el contrario. Le gustaba demasiado.

Tanto que no podía soportar las faltas de aquellas personas que ya no estaban junto a él, tanto que resonaba en su cabeza las panderetas y las zambombas que de pequeño hacía sonar junto a sus primos, tanto que el olor a gambas que entraba por la ventana del patio de luces la nochebuena de todos los años, era uno de sus olores favoritos, tanto, que hasta el discurso del rey le sonaba a una dulce melodía y el himno nacional, esa noche si, le ponía el vello de punta.

Las frases de su madre en modo solemne - en la mesa no se habla de política - decía. O de su padre que no menos solemne decía - al facha de tu tío este año se le indigesta la cena - eso, que sonaba como el prelude de una nueva guerra civil, era de lo más divertido de la cena. O su abuelo, con el rostro rojo producto del vino cabezón de su pueblo, entonando canciones antiguas medio inventadas y algo erótico festivas mientras su abuela, haciéndose la ofendida, se tapaba la cara avergonzada. Aunque con el tiempo se supo que se la tapaba para que no la vieran reír porque esos toques eróticos festivos quizás tenían algo de autobiografía.

Pero todo aquello era tiempo pasado, ahora pasaba la nochebuena a medio emborrachar, no tenía agallas para hacerlo del todo, si lo hacía, la casa se llenaba de fantasmas y lloraba como un niño.

Así que cenaba temprano, bebía hasta el momento justo donde comenzaba a oír susurros, descansaba, tomaba cava, hasta el punto justo donde veía sombras, fumaba, abría una botella de whisky de nuevo e iba bebiendo al ritmo que marcaban los recuerdos.

Luego se acostaba embriagado de nostalgia y se tapaba de cabeza a los pies, si había suerte no tenía visitas, si se había pasado con el alcohol la noche se convertía en un carrusel de voces, ruidos, lloros y aquel disparo que resuena al fondo del pasillo, ese resplandor luminoso, justo al entrar a la cocina y ese charco de sangre donde su padre sufría espasmos mientras

soltaba el último suspiro con la mirada perdida enfocada al tubo de luz de neón que justo comenzó a fallar aquella misma noche.

La mañana de navidad era distinta, se levantaba con un humor muy agradable y salía a la calle buscando un abrazo del sol, éste le calentaba el rostro y Juan sonreía de manera tierna, se sentía libre de la nochebuena y la navidad era más llevadera.

Lo que peor llevaba era encontrar un bar abierto para tomarse un buen carajillo, cargado, para empezar el día con fuerza, lo que más le gustaba sin embargo, era que en la barra siempre había otro desgraciado como él, solo y amargado con el que cagarse en la navidad, en el consumismo desmedido y en el cínico discurso real de la noche anterior.

Allí estaban dos solitarios, unidos por alguna desgracia que no se contarían jamás, pero compartiendo un profundo debate moral. Si la cosa iba bien, del carajillo se podía pasar a una cerveza con alguna tapa, y si la cosa iba fenomenal podían salir juntos del bar e irse a tomar otra y otra, Juan hasta antes de ver fantasmas y el desconocido con un límite por descubrir que le resultaba muy excitante.

Si la cosa iba mal, no surgía la química entre los dos, simplemente se dirían adiós y seguirán con sus vidas anónimas.

Pero esa mañana de navidad todo fluyó de una manera natural. Carajillo, buena conversación, cerveza acompañada de unos caracoles especialidad de la casa, más cerveza, esta vez junto con unos boquerones en vinagre excelentes y un vamos a otro sitio, secundado por aquel desconocido, bien vestido, con porte muy elegante, de unos 50 años, fumador de tabaco negro por lo que su voz sonaba extremadamente masculina y rasgada.

Una copa, otra... vamos a por una más, todo era perfecto.

Lo cierto es que todo era tan fácil que de repente Juan se encontró en casa, con ese desconocido que cada vez parecía serlo un poco menos, compartiendo copas, fumando tanto hasta el punto que las virutas azuladas de humo fueron permanentes en el salón sin tiempo a renovar el aire, acabando una botella de vodka que no recordaba tener él, por lo que pensó que la habrían comprado de camino, todo era tan mágico que Juan se olvidó de las voces, de las sombras, de los ruidos. Tan a gusto estaba, tan buen rato estaba pasando, que tampoco cayó en el límite inexcusable que jamás debía sobrepasar, así que cuando se quiso dar cuenta, resonó el disparo en sus oídos, el charco de sangre, los espasmos. Observó aterrado la mirada perdida, la boca abierta buscando el aire que no le llegaba y como la sangre manchaba el elegante traje de aquel pobre desgraciado que se encontró la mañana de navidad, en la barra de aquel

bar.

-Ya lo has hecho otra vez maldito idiota- Resonaba en su cabeza la estridente e insoportable voz de su madre.

-¿Qué ha hecho ahora el niño?- Preguntaba el abuelo mientras miraba horrorizado el cadáver aún caliente -¿Otro más Juan? Vamos a cadáver por navidad hijo mío, para ya- Le reñía haciendo ostentosos gestos con la mano derecha mientras se encendía un cigarrillo.

-Hijo mío...- Decía apenado su padre, todavía con la sangre desfilando por su frente de aquella herida perenne que él mismo le había provocado hace ya bastantes años.

Juan, sentado en el sofá, tapando su rostro con las dos manos, cerrando los ojos con mucha fuerza y repitiendo para sus adentros que no estaban ahí, que son los fantasmas, que ya no están, que aquello pasó... pero con miedo a mirar, por si no han marchado, por si cruza la mirada con su padre y no puede soportar el peso de la culpa.

Llora como un niño, se queda inmóvil, descansando en el salón dos horas, tiempo suficiente para volver más que de sobra al lugar donde ya no confunde las cosas, donde la calma de la soledad le acompaña y la razón parece ganar terreno al corazón.

Ve el cadáver, todavía caliente de aquel pobre hombre, rodeado de sangre, parece dormir plácidamente. Pasa a la acción, desgraciadamente tiene experiencia.

Traslada el cadáver a la bañera, lo deja ahí, lo sienta cómodo, no sabe muy bien por qué siempre los sienta cómodamente, supone que es la última muestra de respeto que van a recibir.

Limpia el comedor a conciencia, lo deja impoluto, mejor que estaba. Toda la operación la hace con música de fondo, suele elegir música pop española de los 80, pero no le hace ascos a canciones más actuales.

La primera parte de la rutina navideña está hecha, hay gente que pone adornos en navidad, él colecciona cadáveres. Cada uno disfruta las fiestas como quiere.

Enciende un cigarrillo, se sirve una copa, ahora tiene que deshacerse de quien podía haber sido un gran amigo. Entra a la habitación que fuera de sus padres, cree ver a su hermana pequeña correteando por el pasillo, pero recuerda que eso no puede ser, justo cuando su padre había cerrado los ojos, fue a la siguiente a la que mató aquella navidad de hace unos

años. Luego su madre, los abuelos fueron más fáciles.

Saca una bolsa negra, las compró en una página web, son bolsas de cadáveres para evitar que el olor impregne la casa conforme la naturaleza haga su trabajo. Tiene miedo, este hombre resulta ser muy alto, quizás no quepa, o sea difícil introducirlo, al menos entero.

Lo saca de lo que parece su descanso, lo pone en el suelo y lo introduce hábilmente en la bolsa, cabe, justo, pero entra sin tener que tomar ninguna decisión más desagradable aún. Lo arrastra hasta la que sigue siendo su habitación, es muy pequeña, más de lo normal y mantiene la decoración de adolescencia. Un poster del dream team de los Estados Unidos de América que ganó el oro de baloncesto en barcelona 92 adorna la pared donde está el escritorio, justo arriba de éste, en la pared enfrentada, una estantería con libros juveniles y adornada con pequeños muñecos de playmobil que simulan encuentros casuales sobre los ejemplares de "El viaje al centro de la tierra" "La vuelta al mundo en 80 días" o aquellas pequeñas novelas en las que había que elegir nuestra propia aventura. Él eligió vivir en una pesadilla. El edredón y el cojín son ridículamente coloridos para su edad si bien él se siente muy a gusto con esa particular cromática.

Tras el armario, hay una puerta que conecta con la que era la habitación de los abuelos, en origen este dormitorio tenía una entrada que daba al pasillo, pero él mismo decidió levantar un tabique que la anulara, por lo que es invisible a los ojos de las visitas, solo los que conocían la casa de antes podría echarla de menos, pero ya no quedan de esos, y los que son sus vecinos ya hace tiempo que no se relaciona nada con ellos, ha llegado a sus oídos que creen que está loco, precisamente él, que conoce como nadie los límites de la locura, se sabe el más cuerdo del portal, pero prefiere no hacer ruido y que lo dejen con su supuesta enajenación mental.

Mete la bolsa dentro, cae pesada sobre otras que guarda. Eligió la habitación a conciencia, sus abuelos tenían una decoración con muchas referencias al cristianismo, algo que él valora mucho para el descanso de sus víctimas. Considera que casi es la puerta hacía el cielo.

Hay cierto olor, pero como mata de año en año, menos aquella noche, la ya mencionada, que quizás se le fue un poco la mano, entre las bolsas, los ambientadores, la limpieza y la suerte, esa macabra fosa común pasa desapercibida.

Quién va a caer en la cuenta de que falta un desgraciado más, entre villancicos, turrónes, mazapanes, inocentes niños riendo, familias felices, que se acaba el año, que viene otro...

Y así va pasando las navidades, una tras otra, bañado entre la nostalgia de las zambombas y panderetas, empapado también de la sangre de sus elegidos, que él considera realmente afortunados, liberados de un mundo con tanto amor que le llega a dar asco.

FIN.